

Discurso en la celebración del cuarto aniversario del Ejército Rojo en los cursos de la Academia Militar para Comandantes Superiores del Ejército Rojo Obrero y Campesino
León Trotsky
18 de febrero de 1922

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “Speech. At the Celebration of the Fourth Anniversary of the Red Army at the Military-Academy Courses for Senior Commanders of the Workers’ and Peasants’ Red Army, February 18, 1922”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume V: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024) 18 de febrero de 1922. *Voyennaya Nauka i Revolyutsiya*, 1922, número 1.)

Camaradas, comparezco ante la flor de nuestro personal de mando después de un largo retraso, debido a toda una serie de razones. Camaradas, nos encontramos actualmente, por una parte, en un momento de vísperas festivas, que precede al cuarto aniversario de la creación del Ejército Rojo, y, por otra, en un momento muy significativo de la situación internacional de la república soviética y del mundo entero: estamos antes del cuarto aniversario y antes de la Conferencia de Génova. Existe cierta relación entre estas dos fechas, porque, si ahora somos capaces de enviar una delegación a Génova, el mérito de ello corresponde a nuestro ejército, a ese Ejército Rojo que, aunque tosco, informe en el pasado, caótico y mal adiestrado, ya se cubrió de gloria y salvó internacionalmente a nuestro país, consolidó nuestra revolución y abrió y allanó el camino a una conferencia internacional de máxima responsabilidad. Puesto que todos ustedes siguen las últimas noticias, no puedo añadir nada a esto, porque no sé más sobre la próxima (o, si me permiten, la no próxima) Conferencia de Génova de lo que saben los demás presentes. Si alguien piensa que hay alguien en el mundo que sabe más que nosotros, se equivoca. La conferencia internacional de Génova es ahora el punto ideal de intersección de un inmenso número de voluntades, intereses, esfuerzos, intrigas y todo tipo de planteamientos y trucos diplomáticos, y puesto que se propone invitar a cuarenta estados, no todos los cuales, por cierto, poseen una importancia decisiva, y puesto que todos estos estados tienen sus propios planes y esquemas, es bastante obvio que este punto ideal puede no plasmarse nunca. Hay algunos cuyo interés es hacer fracasar la conferencia, otros que están interesados en que se celebre. En Gran Bretaña, el gobierno, en la persona de Lloyd George, ha ligado, por así decirlo, su destino a la próxima conferencia y a su éxito, mientras que el gobierno francés, el actual, ha ligado su destino al sabotaje de esta conferencia. Pero nosotros, camaradas, afrontamos esta conferencia propuesta con toda tranquilidad. Si se celebra, participaremos en sus trabajos, que no nos causarán ningún perjuicio. Si no se celebra, diremos: esperaremos.

Si la conferencia se celebrara sin dificultades, eso significaría que han llegado a un entendimiento, y sólo pueden hacerlo si su entendimiento se dirige contra nosotros: significaría un frente unido de 39 de los participantes contra el cuadragésimo, porque estamos solos contra los otros 39.

Sería muy triste que esta conferencia se celebrara sin problemas, tras haber sido preparada en la reunión previa a la conferencia, el ensayo que ahora se está celebrando para hacer un nuevo intento de asfixiarnos. Pero nunca llegarán a un entendimiento entre ellos. Van a la conferencia con un montón de antagonismos, y nosotros vamos con un arma afilada para intensificar al máximo esos antagonismos. Si no vamos a tener ni un

aliado fiable, y ese será el caso, entonces en cada cuestión será uno contra todos los demás. Si alguno de ellos interrumpe la conferencia, significará que hemos llegado a un entendimiento no con todos los presentes en la conferencia, sino con algunos de ellos por separado. Tanto mejor: no fuimos nosotros quienes convocamos la conferencia, y no fuimos nosotros quienes la interrumpimos. Hemos esperado pacientemente, absteniéndonos de responder a provocación tras provocación, pero contestando de la manera más cortés (hasta donde nos permite nuestra crianza, claro), en el lenguaje más cortés. Y si rompen esta conferencia, negociaremos por separado con los que no hayan llegado a un entendimiento entre ellos. De esto también se derivará alguna ventaja. No perderemos en ninguna de las dos coyunturas. Jugaremos con las cartas sobre la mesa y, en última instancia, sin perder. Si podemos jugar nuestro juego en estas circunstancias es sólo porque poseemos un Ejército Rojo que ya ha pasado por su período más crítico de desmovilización y reorganización. Y una cierta sombra ideal de este Ejército Rojo (su espectro) estará presente en Génova, si la conferencia se celebra. Nuestros diplomáticos señalarán cortésmente con el dedo a esa sombra, a este espectro, cuando sea necesario: el Ejército Rojo existe.

Una de las cuestiones más importantes en el mundo de la diplomacia es la reducción del tamaño del Ejército Rojo, el desarme de las naciones, el aligeramiento de la carga armamentística. Estamos dispuestos a tomar ese camino. ¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! ¿Desarme, o al menos reducción del ejército? Espléndido: pero en lo que se refiere a la reducción necesitamos tener un criterio definido. Señores diplomáticos, si quieren conocer nuestra opinión, tenemos un programa para este fin, se llama República Federativa Soviética Europea, y más tarde Mundial, el camino más fiable para el desarme y la pacificación de Europa; pero no encontraremos, ni en Lloyd George ni en Poincaré, colaboradores entusiastas, por así decirlo, para tomar ese camino, ¡oh no! Podemos decir: intentemos aplicar medidas paliativas, mediante la reducción del ejército. ¿Dice usted que el Ejército Rojo es una amenaza para la paz? Denos, entonces, el criterio, el coeficiente numérico de un ejército que no sea una amenaza para la paz. Aquí están, para ustedes, los datos fundamentales (territorio, población): dennos el coeficiente que determinará el número legal, permisible, legítimo, no amenazante, del ejército, y pongámonos de acuerdo. El coeficiente estará a nuestro favor. Si dicen que somos demasiado pobres para tener un gran ejército, responderemos: sí, somos pobres, es cierto. Con su ayuda, señores franceses y británicos, nos han hecho extremadamente pobres; pero lo que se deduce de ello es que la técnica militar es menos buena en nuestro ejército, significa que tenemos que arreglárnoslas con los números y, por lo tanto, en lo que a nosotros respecta, el coeficiente no debería reducirse sino, por el contrario, aumentarse un poco. Por último, ¿con quién se comparan los efectivos del ejército? Si es con la actual República Francesa, por supuesto que es más rica que nosotros. Pero la República Francesa conoció un período de guerras revolucionarias, cuando estaba rodeada por todos lados por la intriga británica. Y si se toman los números del ejército revolucionario de aquellos días, que salvó a Francia, si se compara esa cifra con la nuestra, dejará un amplio margen para aumentar el tamaño de nuestro ejército. Dennos un criterio, dennos un coeficiente para determinar el número legal y legítimo del ejército. Algunos llamados demócratas, nuestros mencheviques en particular, se esfuerzan para que en Génova se plantee una cuestión delicada para nosotros, la cuestión de Georgia. Georgia, dicen, fue tomada por la fuerza armada, por lo que exigen la retirada de las tropas soviéticas y una consulta libre a los habitantes. Un programa excelente: estamos dispuestos a discutirlo con ellos. ¿Retirada de las tropas soviéticas de Georgia? Entonces, ¿ven a Georgia como una colonia, un país conquistado? Eso es una tontería, por supuesto. Pero, por el momento, adoptemos ese punto de vista. Que se retiren las tropas de las colonias. Nosotros nos retiramos de Georgia

(no, por supuesto, las tropas georgianas, sino las tropas de toda Rusia) y ustedes se retiran de la India, de Marruecos, de Túnez, de Argelia. No olvidemos que nosotros también hemos aprendido un poco de geografía. Entonces preguntamos: ¿por qué hay que retirar las tropas? Dirán: para que el pueblo georgiano pueda decidir libremente. Pero una decisión libre no depende sólo de la presencia o ausencia de tropas rusas en el territorio, sino de la ausencia o presencia de la flota británica cerca de las costas del Mar Negro. Cuando el campesino georgiano vea que en cualquier momento puede producirse un desembarco de buques británicos en territorio georgiano, ese campesino georgiano no sentirá, como ustedes desean, que está en condiciones de decidir libremente. ¿Cuál es la solución? Nosotros retiramos nuestras tropas de Georgia, por ejemplo, y ustedes retiran su flota del Mar Negro. ¿Hacia dónde? Al Mediterráneo. Pero los Estrechos Turcos son ahora puertas abiertas de par en par para que pase Gran Bretaña. Así que, tal vez, ¿el Estrecho Turco debería cerrarse a los buques de guerra? Eso, por supuesto, no decidirá el asunto, pero, de todos modos, nos acercará a una solución. Y, una vez cerrado de nuevo el estrecho, ¿no debería entregarse la llave a Turquía? Pero, después de todo (el último y más importante argumento) Georgia no es una colonia. Lo que ocurrió en Georgia fue lo mismo que ocurrió aquí, en la vieja Rusia. ¿Acaso la revolución soviética, tal como la imaginan, ocurrió en algún lugar de manera diferente? Nosotros, como ven, llevamos a Moscú tropas letonas, chinas y baskires para tomar el poder, y a Georgia, por supuesto, enviamos tropas moscovitas. Si, de acuerdo con las leyes de la historia, tuvo lugar una revolución soviética en Letonia, ésta fue llevada a cabo, por supuesto, no por letones, sino por hombres de los Urales. Hablando en general, es una característica nuestra que, cuando hacemos revoluciones, siempre traemos tropas de algún lugar de fuera, de donde son traídas por alguna misteriosa ruta, y estas tropas de fuera implantan en todas partes la voluntad de las masas trabajadoras, establecen el orden soviético y destierran, o expulsan por la trampilla de Batumi, a los mencheviques que realmente estaban apoyados por tropas imperialistas de otros lugares. De este modo, el asunto en cuestión se dará la vuelta, por así decirlo, y tendremos argumentos de mucho peso contra nuestros enemigos. Debo admitir que dudo mucho que encuentren un coeficiente que nos obligue a reducir el tamaño de nuestro ejército a números inferiores a los actuales. Y aunque nos alegraríamos mucho de que esto ocurriera, cometería un crimen si me dejara llevar por la esperanza optimista de que la Conferencia de Génova nos permitiera efectuar una nueva reducción decisiva del ejército. Eso es improbable (no por nuestra culpa, sino por la suya) y hemos hablado públicamente de ello en más de una ocasión. Sólo porque en Génova todos los interrogantes se plantearán de manera precisa, y no será posible simplemente aplazarlos a un futuro indefinido, sino que tendrán que ser contestados, sí o no, esa misma circunstancia puede acercar nuevos y duros conflictos. Y podemos decir con satisfacción y cierto orgullo que las masas trabajadoras de nuestro país poseen un profundo instinto político, despertado por la revolución, que encuentra su expresión en la mayor atención prestada al Ejército Rojo que estamos notando ahora. Lo que está ocurriendo actualmente en Moscú y en todo el país en materia de patrocinio soviético del ejército, es decir, el establecimiento de vínculos entre los sóviets, los órganos particulares, las instituciones y los sindicatos, por una parte, y las unidades del ejército, por otra, el entusiasmo que esto está despertando entre los obreros, que no son nada sentimentales, que han visto algunas cosas muy deprimentes, todo esto son hechos de inmensa importancia. Nuestro Ejército Rojo ha suscitado entre estas masas cansadas, que han soportado mucho, una atención muy profunda, que se expresa no sólo en reuniones, sino también en toda una serie de sacrificios prácticos, materiales, de los sóviets, de las masas trabajadoras organizadas, en aras del Ejército Rojo. Este es un hecho de gran importancia. Lo aprenderán en Génova.

El primer período del Ejército Rojo fue un período de grandes dificultades internas. Justo después de la guerra imperialista, los campesinos no quisieron unirse al Ejército Rojo, o se unieron a él dudando de si realmente lo necesitaban: también los obreros se unieron sin plena confianza, y la coacción estatal desempeñó un papel muy importante en el periodo de nuestras primeras movilizaciones. Hoy se ha producido un cambio completo y profundo. Se debe a que la conciencia del país se ha definido en cierta medida, a que el pueblo ha tenido en cuenta la situación internacional que se ha formado y, en consecuencia, el Ejército Rojo aparece en el pensamiento de las masas trabajadoras como un órgano necesario y saludable de nuestro país en esta situación nacional tan difícil. Este logro, resultado de la experiencia, este giro tan profundo en la psicología del pueblo, después de los horrores de la guerra imperialista, después de la primera semirrevolución, después de la revolución de octubre, después de nuestros cuatro frentes, o, más propiamente, de un frente envolvente, es un logro colosal de la conciencia del pueblo, sobre el que construiremos el ejército. ¡Este ejército ya es inquebrantable!

En relación con todas estas condiciones, camaradas, una cuestión que adquiere para nosotros una importancia decisiva es la de elevar el nivel de competencia del ejército. Es una cuestión fundamental. De lo que menos poseemos en todas las esferas es de un buen ensamblaje de las piezas y un pulido hasta el grado más fino. Hoy en día, algunos camaradas se interesan sobre todo por las grandes generalizaciones militares, a veces por las llamadas doctrinas militares nuevas, unificadas, universales. Yo, camaradas, soy mucho más prudente en esta cuestión. Creo que nuestras generalizaciones podrán abarcar un campo tan amplio dentro de quince o veinte años. Lo que nos falta es la certeza de que cada clavo irá dónde y cómo debe ir. En asuntos militares esto es de una importancia colosal: se aplica en todas partes, pero aún más que en cualquier otra parte se aplica en asuntos militares. Aquí tenemos defectos, errores y equivocaciones, y tenemos que pagar por ellos diez o cien veces más que en cualquier otro ámbito. Con esto no quiero decir que nuestro Ejército Rojo, su Academia o el Consejo de Guerra Revolucionario que lo dirige se dispongan a cortar las alas a nadie, a frenar el vuelo del pensamiento creativo en la esfera militar, ¡no, nunca, en ningún caso! Quien tenga algo nuevo que decir, quien muestre perspicacia en el futuro (tal perspicacia es posible, si está firmemente arraigada en la experiencia), quien pueda anticipar nuevas perspectivas en materia militar, será bienvenido, y le apoyaremos en todos los sentidos. Pero para la creatividad colectiva en la esfera militar, como en cualquier otra, el éxito real sólo es posible sobre la base de una constante consolidación y elaboración de lo que se ha logrado, de las prácticas establecidas, y trabajando sobre la experiencia ganada. El pensamiento individual de un genio individual en la esfera militar puede, por supuesto, ser engendrado de acuerdo con esas oscuras leyes de la naturaleza que aún deben ser investigadas: pero elevar el nivel militar general del ejército es un asunto muy diferente. En esto, la inspiración no puede desempeñar ningún papel. Aquí tenemos que operar con minuciosos detalles, sembrar granos, fortalecerlos y criarlos, empezando por enseñar a todos a leer y escribir, para que no tengamos ni un solo soldado analfabeto del Ejército Rojo (la tarea que nos hemos propuesto cumplir para el Primero de Mayo)¹, y para que nuestros comandantes, nuestros nuevos comandantes robustos y fuertes, no dejen de pulir sus conocimientos militares, tanto prácticamente en la guerra como teóricamente en los intervalos de tregua. Si hablo contra el autoengaño de las expresiones “nueva doctrina militar”, “doctrina militar unificada”, eso no significa, por supuesto, camaradas, que Jam tema una contribución realmente nueva en el ámbito militar; déjennos tenerla, todos la acogeremos con satisfacción, la desarrollaremos y la aplicaremos. Pero lo que temo sobre todo es que de

¹ “Carta a un soldado del Ejército Rojo”, en esta misma serie de nuestras EIS.

esto pueda crecer la superficialidad que adormece e hipnotiza con palabras altisonantes y permite a la gente evitar el aprendizaje sólo porque alguien ha prometido sacar del bolsillo de su chaleco, no en 24 días sino en 24 horas, una doctrina militar, un nuevo descubrimiento, una nueva doctrina que será específicamente universal. No, esto sólo tomará forma si hemos dominado firmemente, metido en nuestra conciencia, lo que se ha hecho hasta ahora, lo que se ha adquirido por experiencia militar en el sentido más amplio de la palabra. Si bien no estamos obligados a aplicar nuestras mentes a las guerras púnicas, debemos estudiar, y estudiar adecuadamente, nuestras propias guerras civiles y la última guerra imperialista.

El hecho de que en estos cursos de la Academia Militar vea, como instructores, a viejos camaradas que conocí en el norte y en el sur, en el este y en el oeste, que comandaron nuestras divisiones, brigadas e incluso ejércitos, muestra que el peligro de hipnotizarse, el peligro de caer en la autosatisfacción barata, no es tan terrible, y así el ejército no sufrirá depreciación espiritual.

Pasamos por un primer periodo, que fue un periodo de improvisación muy caótica: nuestro primer año. El segundo y el tercer año fueron un período de lucha desesperada en todos los frentes, con la ayuda de las unidades más o menos robustas y en forma que habían sido creadas por esa improvisación original, y que mejoraron en el curso de la lucha. El cuarto año fue el de nuestra reorganización y desmovilización, un año de operaciones internas muy dolorosas por parte del propio ejército. Y el quinto año, si no vamos a luchar, será un año de estudio, de preparación, de elevar el nivel de destreza, de precisar, ajustar y pulir². Sólo así progresaremos.

Para concluir, expreso mi más grande y sincero placer de que estos templados combatientes de la revolución, comandantes de división y de brigada que dirigieron nuestro glorioso Ejército Rojo bajo las circunstancias más difíciles y que han sido condecorados por la república soviética con la Orden de la Bandera Roja (¡cuántos hay aquí sentados que han ganado esa condecoración repetidamente!) que estos robustos combatientes rojos, sabuesos revolucionarios, han venido aquí a estudiar en este tiempo libre de otras ocupaciones. Esta es la verdadera opinión pública del Ejército Rojo. No confiaremos en nadie que quiera decir algo nuevo en materia militar basándose sólo en lo que dice, sino que exigiremos: muéstranoslo. Aprendemos de la experiencia, no sólo de los libros. Muestre, vincule con la experiencia: porque la superficialidad en los correos militares es el más terrible de los enemigos. Y ustedes, la flor de nuestros comandantes, ustedes, la sal de nuestro Ejército Rojo, no permitirán que esa superficialidad aparezca entre nosotros. El quinto año será un año de estudio laborioso, persistente, constante y honesto.

¡Vivan nuestros estudios militares, viva la flor de nuestros comandantes, nuestros cursos de la Academia Superior, y viva nuestro Ejército Rojo!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

² “Quinto año: un año de estudio”, en esta misma serie de nuestras EIS.